

CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio, *Los pueblos de Franco. Mito e historia de la colonización agraria en España, 1939-1975*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024, 259 pp.

En los últimos años hemos asistido a un notable auge de publicaciones sobre los pueblos de colonización del franquismo dirigidas al gran público. El libro de Ana Amado y Andrés Patiño, *Habitar el agua. La colonización en la España del siglo xx* (2022), así como la exposición coordinada por sus autores, o el libro de Marta Armingol y Laureano Debat *Colonización. Historias de los pueblos sin historia* (2024) han puesto el foco en esta realización de la dictadura en un contexto de renovado interés por el mundo rural. La pandemia de Covid, la crisis climática, y la cada vez mayor conciencia de los límites del modelo económico centrado en lo urbano están detrás, seguramente, de esta nueva mirada a un mundo rural hasta entonces poco interesante. La historia de estos pueblos, creados «de la nada» resulta especialmente llamativa en este contexto. Sin embargo, este auge también se produce en un marco preocupante de banalización de la dictadura franquista, donde algunas miradas hacia el pasado, y particularmente hacia las políticas agrarias de la segunda mitad del siglo xx, están impregnadas de cierta nostalgia y, sobre todo, de interpretaciones simplistas sobre las medidas implementadas en aquella época.

El libro de Antonio Cazorla llega tempestivamente como contrapunto, o mejor, como llamada de atención, a esta revalorización de los pueblos de colonización: son pueblos muy bonitos, sí, pero conozcamos bien su historia, viene a decir el autor. Es evidente que el reconocimiento y la protección de los valores patrimoniales de la arquitectura de estos pueblos es necesaria y esencial. No obstante, quizás, su identificación exclusiva con el lenguaje arquitectónico y la estética creada por algunos de sus arquitectos a partir de los años 50, puede llevar a la idea de que se trató de un proyecto revolucionario —como sí lo fue su arquitectura— que transformó paisajes yermos en territorios fecundos y modernizados de la noche a la mañana, en la que se construyeron «museos al aire libre» para los pobres agricultores, desde un enfoque que sigue siendo muy paternalista. El objetivo del libro es cuestionar el mito de la colonización como una obra buena y generosa del régimen, que sigue muy arraigado en nuestros días.

Para lograrlo, la obra se apoya en un enfoque interdisciplinar que combina acertadamente historia social, cultural y económica, y se sustenta en una sólida base de investigaciones previas y en fuentes rigurosamente contrastadas. Ello no va reñido con el uso de un tono claro, directo y accesible, lo que no solo facilita su comprensión, sino que también lo hace atractivo para un público amplio. Estructuralmente, se divide en seis capítulos ordenados de arriba abajo, es decir, se parte de los discursos del régimen acerca de la colonización para terminar acercándose a la vida cotidiana en estos espacios.

El primer capítulo, significativamente titulado «El mito», analiza cómo el proyecto de colonización, centrado en la instauración de regadíos y la creación de nuevos pueblos, fue concebido y presentado por el franquismo en un contexto caracterizado por lo que el autor denomina un tiempo de «pensamiento mágico» (p. 48). El régimen proyectó esta iniciativa como una solución integral y definitiva, promovida a través de los medios como una reforma agraria «inteligente» que superaba los problemas asociados a las anteriores reformas agrarias.

A partir de esta parte introductoria, el texto se apoya en fuentes que desmontan la visión idealizada de la colonización, demostrando que la realidad fue bien distinta. El segundo capítulo, «La desposesión», podría, según el autor, haberse llamado «*Tierra, agua, sangre y hambre*» (p. 57). A partir de datos extraídos de estudios previos, corroborados con fuentes de archivo inéditas, el autor confirma lo que investigadores como Nicolás Ortega y Carlos Barciela ya habían señalado hace tiempo: la colonización tuvo un impacto mínimo en la mejora de las condiciones de la clase campesina y benefició a un porcentaje ínfimo de la población rural, muy alejado del mito y la propaganda creados en torno a ella. Aunque este análisis puede no aportar grandes novedades para los especialistas en el tema, el capítulo resulta valioso al actualizar y recopilar cifras que evidencian la verdadera naturaleza de la colonización en el contexto de una dictadura descrita como «cerril, cruel, inoperante y corrupta».

En esta misma línea, el capítulo 3, titulado «La ideología», desmonta de manera contundente la noción clave promovida por el franquismo para justificar la colonización: la idea de que se trataba de un proyecto desprovisto de ideología. Basada en un concepto técnico de la colonización, la implantación del regadío fue concebida como la auténtica y verdadera reforma que el campo español necesitaba, por encima de las supuestas veleidades ideológicas atribuidas a un sistema democrático caracterizado como decadente. Esta pretendida «despolitización» se convirtió en el eje central de la retórica franquista en el ámbito rural, tradicionalmente vinculado a la protesta y a las reivindicaciones de los jornaleros, especialmente en las regiones del sur del país. Como ya apuntara Cristóbal Gómez Benito, el franquismo favoreció a los expertos para ocupar puestos de decisión en la administración, basándose en su supuesto «apoliticismo» y «neutralidad», en contraste con el activismo político de los intelectuales republicanos. En este contexto, los ingenieros, como representantes de la reforma científica y tecnológica, se convirtieron en figuras fundamentales para la legitimación y consolidación material y simbólica del régimen. Sin embargo, la realidad distaba mucho de esta imagen: una amplia variedad de fuentes demuestra que el paternalismo católico-fascista del Instituto Nacional de Colonización se fundamentó en un estricto control y un trato autoritario, especialmente hacia los más vulnerables (p. 114).

Todo esto se refleja en dos aspectos fundamentales: primero, en el marcado interés del INC por la moralidad de los beneficiarios, a quienes el autor describe como «recipientes de su caridad». Por otro lado, tanto este capítulo como el que

le sigue, titulado «El modelo», continúan con la recopilación de datos que caracterizan la colonización como un gran mecanismo destinado a beneficiar a los terratenientes con el apoyo del Estado, a cambio de muy poco (p. 121). La implantación de los regadíos incrementó el valor de las propiedades, lo que permitió una transferencia masiva de capital público a manos privadas. Como señalara a finales de los años 70 Nicolás Ortega, «el proyecto social y económico de la colonización fue, ante todo, una transferencia masiva de capital público a manos privadas, pero no a las de los más necesitados, sino a las de los más ricos» (p. 122).

Hasta este punto, el libro realiza un avance historiográfico limitado. Es a partir de los dos últimos capítulos, «Los colonos» y «Las comunidades», cuando aparecen las contribuciones más novedosas en el ámbito historiográfico, ya que abordan una dimensión de la colonización que hasta ahora había sido poco explorada desde la academia: las experiencias de los colonos. Como señaló Víctor Bretón, hacía falta «poner cara y ojos» a los verdaderos protagonistas del proceso colonizador, algo que la historiografía actual está empezando a hacer. A partir de fuentes secundarias que han recopilado testimonios orales, el autor pone el foco en la vida cotidiana de los colonos. En este sentido, aunque se subraya que estos no fueron meros sujetos pasivos, quizás se podría haber profundizado más en sus acciones, especialmente en lo que respecta a sus actitudes socio-morales, pues existen aún documentos inexplorados que podrían arrojar luz sobre aspectos más complejos de sus comportamientos y valores. Sin embargo, este enfoque detallado requeriría una investigación más exhaustiva, que bien podría ser objeto de un estudio independiente.

En resumen, se trata de un libro que, desde una perspectiva historiográfica, no introduce grandes avances, pero sí actualiza y presenta de manera clara y convincente lo que los estudios más rigurosos sobre la colonización han venido evidenciando desde los años 70: que el proyecto colonizador funcionó como una auténtica metáfora del franquismo, es decir, «un régimen al servicio de todos los españoles, que nunca fue tal». Como señala el autor, «recordar en democracia implica, a diferencia de hacerlo bajo una dictadura, diversidad y contradicciones». Este texto cumple específicamente esa función, y dada su claridad y accesibilidad, aborda lo que debe ser el verdadero propósito del trabajo historiográfico y la función social del buen historiador: hacer llegar a la sociedad los avances de la investigación. Este libro demuestra de manera rotunda que Antonio Cazorla es, sin lugar a dudas, un historiador que cumple con este propósito.

*Laura Cabezas Vega*